

EL CASO



SANS TITRE - MARTIN REYNA - 2017

Escribir con flor.

Martina Cicchetti

46

Las primeras sesiones con B. fueron de puro movimiento. Lo tomaba de la mano, “sin correr” insistía, punto en el que B se detenía e iniciaba la caminata. Encontramos lugares de interés, el patio, una pelota, bloques con que B armaba pistolas, me apuntaba, ubicándome en la trayectoria de su mira y disparaba, pum, pum. Al caer, comenzaba con una risa que estremecía el cuerpo. La oferta de un blanco dibujado permitió inscribir los tiros en otro lugar, en una superficie en la cual podíamos hacer marcas. Luego vinieron las vacaciones y algo cambió, ese circuito conocido ya no estaba. La etapa del movimiento incesante se reinstaló con una presencia plena. ¿Qué de lo propio se juega en cada encuentro con el otro?, ¿con qué mascarada nos relacionamos?, o no.

Al verme, cuando llega a *la cigarra* se da vuelta y le pide el celular a la madre “eua”, y haciendo el gesto de un teclado en su mano. Vale aclarar que la oferta de un celular tampoco parece localizar un hacer. Un día, estando en un taller escucho la voz de B., al ir a su encuentro todo fue desborde, llantos, corridas, alaridos. Los gritos y sacudidas iban en aumento.

La clínica con el autismo nos lleva a estos límites donde todo el ser puede ponerse en juego en cada encuentro, fundamentalmente los propios. “No hacer callar la singularidad del sujeto” es una frase que me resuena ¿Cómo vaciar de voz los alaridos que se presentificaban cada vez? ¿Cómo crear un dos frente al Uno del autismo? Las vacaciones evidenciaron que no hay objeto donde localizar en la ausencia, entonces ¿qué era su analista antes de las vacaciones? La lectura de lo que estuvo en juego es una puesta en acto de la transferencia.

Juguetes para B.

Volver a ofertar una bolsa con objetos: bloques, muñecos, lápices, hojas, autos, pelotas, permitió una nueva orientación en el trabajo con B. Las intervenciones precipitaron desde dos lugares, un trabajo con la madre sobre los espacios que transita B. y por el otro un encuentro paulatino con estos objetos que posibilitaron la entrada al consultorio, recortando un espacio.

La primera consecuencia clínica fue un

esfuerzo por comunicarse, “ahí”, “así”, “acá”, de un modo imperativo me dirige palabras que buscan un resultado, cuando no logro interpretarlo se enoja e insiste, pero sostiene el momento. Un día B. trae un juego de mesa de su casa, un juego que tiene la particularidad que busca la regulación del movimiento. Al momento de armarlo me dirigía sobre como hacerlo, ante mi ignorancia y mi falta de comprensión me mira y dice “mamá”, le pregunto si quiere buscar a la mamá, “sí”, fue su respuesta y salimos del consultorio en busca de quien nos traduzca el armado de ese objeto- juego. Ser un otro prestador de una cavidad que permita la construcción de un lugar que localice, un lugar donde apuntar con el cuerpo a un otro.

Flores para M.

Sesión a sesión B. trae flores, de diversos colores, tamaños, chamuscadas en su bolsillo las trae y me las entrega. Flores que deja en sesión cada vez. Ahora recorreremos el centro de salud buscando ese objeto para cortar y entregar. “El clínico constata que cuando una cura es conducida sin ideas preconcebidas acerca de la función de los objetos, confiando en las construcciones de los sujetos autistas, este se ve llevado a producir espontáneamente una localización del goce en dichos objetos, lo cual constituye una condición favorable a la instauración de un vínculo transferencial. Allí donde tenemos un retorno del goce no ya al cuerpo, sino al objeto como borde” (Maleval, 2011).

Ofertando una hoja y marcadores comenzamos a dibujarlas, B elige los colores y el orden. Comencé haciendo el contorno de la flor. Le pregunto por cómo se escribe su nombre, vez a vez entrega las sílabas mientras lo escribo, primer movimiento de nominación. Una nueva apuesta viene al encuentro, la analista deletrea su propio nombre al mismo tiempo que lo escribe. Los nombres quedan escritos en un recuadro, delimitados por un borde, a los cuales B. recurrirá cuando a partir de allí quiera dirigirse a su analista para solicitar una nueva flor. “¿Ahora cuál dibujamos?”, “esta”, “te toca a vos B.”, es la propuesta. B. estira el marcado, haciendo un ruido, una onomatopeya. Forzando su palabra interrogativo sobre a quién le toca, busca el nombre escrito de su

analista, lo señala, me nombra por primera vez y me entrega el marcador.

Gracias a la cadena significativa es posible hacer una operación de lectura o su reverso de escritura, hacer de un objeto una letra. Dibujar, escribir en flor como operación de lectura, una apuesta de producir una letra como soporte del significante, que luego el parlêtre separa como posible. El cuerpo se afecta, B. ya no babea. Algo permanece, queda. Se simboliza un agujero en lo real. *Que sea la falta de la flor*, permite un juego de interpretación y una operación de lectura. Un lazo (con)sentido que permite separarse del ruido de la lengua. De la flor a su escritura, de ahí a la nominación donde se produce un objeto que permite cierto intercambio.

Pasar del objeto a la letra inaugura un nuevo tiempo de análisis. B nombra nombrando(se). El devenir significativo (nombre) precipita cuando hay un sujeto que interroga, lee aquel objeto que el autista propone. Hacer del puro movimiento un signo, entrar en la lengua del parlêtre, como un punto de instauración de la transferencia que luego posibilitará franquear la defensa. En un doble movimiento, en un primer momento el analista lee lo que el parlêtre trae. Luego se revierte la función de lectura y es el parlêtre quien lee la lectura del analista propia, en un significante que lo represente. Ahora bien ¿qué es lo que se va inscribiendo paulatinamente en los cambios del parlêtre autista? ¿Qué se anota en tanto pérdida de goce, o mejor dicho, redistribuyendo el goce? produciendo un truncamiento subjetivo, donde el cuerpo comienza a condensar aquello que antes no podía retener (baba), donde los nombres y las palabras comienzan a funcionar como un posible intercambio.

martinaci@hotmail.com

Notas

[1] Presentado en la jornada clínica de *la cigarra*, 2018

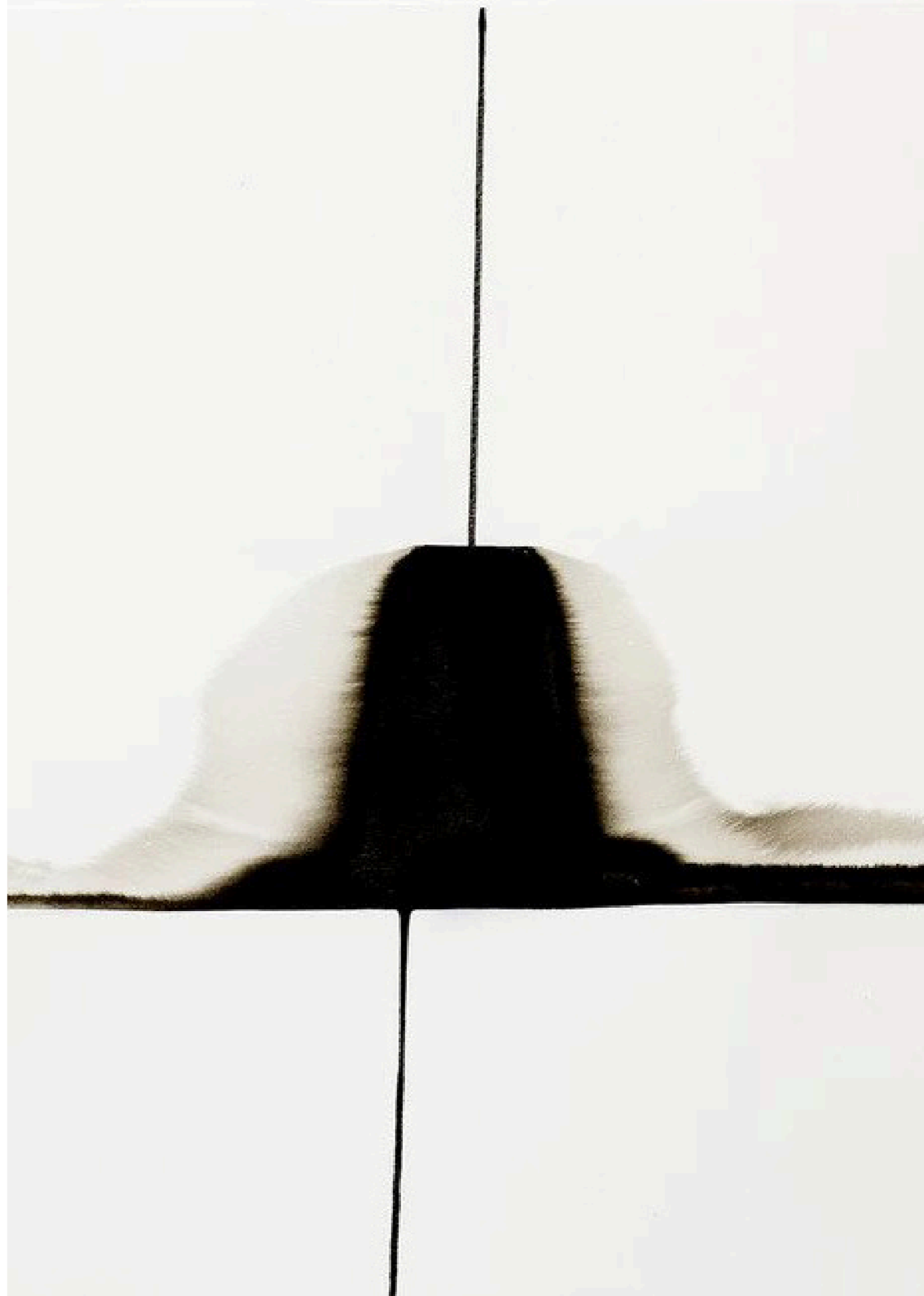
Bibliografía

-Maleval, J.C, [2011] *El autista y su voz*, Editorial Gredos, ciudad, 2011.

-Arenas, G., *Pasos hacia una economía de los goces*, Editorial Grama, Buenos Aires, 2017

-Miller, J.A., *El hueso de un análisis*, Editorial Tres Haches, Buenos Aires, 1998

-Laurent, E., “Variedades del baño de lenguaje en el autismo”, *Estudios sobre el autismo II*, Editorial Colección Diva, Buenos Aires, 2015



Autismo y lazo.

Laura D'Agostino

>> Psicoanalista, miembro de la cigarra, docente universitario.

50

¿Qué uso hace Ignacio de la transferencia en cada momento de su tratamiento?

1er tiempo: De la construcción de un borde

A los 5 años Ignacio se presenta en el hospital con una seria perturbación del cuerpo y del lazo. Cuando ingresa al dispositivo precisa de la Presencia real del analista para la construcción de un borde que permita el armado del espacio analítico. Si este no se encuentra previamente en el lugar de la sesión, esperándolo, el niño pierde la referencia, no puede orientarse en el espacio ni permanecer en el consultorio. Queda perdido dando vueltas por la institución o en un rincón comiendo basura.

2do tiempo: Del Consentimiento transferencial

Una vez establecido el espacio analítico Ignacio se conecta al mundo a través de un objeto que lleva al tratamiento, un rompecabezas de una figura humana, que se constituye en su objeto autístico y con cuyas piezas produce una iteración frenética durante meses. Una intervención analítica consistente en perturbar la defensa, a través de ausentar el objeto para luego ir, junto al analista, a la búsqueda del mismo, produce efectos de importancia, tal como la ampliación del circuito autístico permitiendo la entrada de otros objetos fundamentales para él, como ser una muñeca de trapo de su estatura, especie de doble y los trenes.

La cuestión transferencial se ubica en el punto donde Ignacio consiente a que el analista esconda el objeto, a la desaparición del mismo y en tolerar ir junto al analista, a su búsqueda, sin pasar al acto o irse del dispositivo.

3er Tiempo: De la relación al lenguaje

Un día, teniendo 14 años, al ser llamado por su nombre, Ignacio, responde enojado: "¡Ignacio No! Nacho". A partir de ese momento el dispositivo constituye el lugar que él recorta para ser llamado de forma diferente y singular, "Nacho". Comienza aquí el tratamiento por la vía de la Nominación que le permite recortarse del goce del Otro. Se extrae de ese lugar produciendo como efecto cierta pacificación del lazo al otro y la posibilidad que algo de la demanda comience a producirse.

A los 17-20 años Nacho comienza a tomar la palabra, busca a su analista y dirigiéndose a ella por su

nombre, la convoca para tener la sesión, al decirle: "L. vamos a hablar". Podríamos pensar que Nacho obtiene una posición de demanda al convocar al analista. Él ahora toma la palabra y la iniciativa invirtiendo la situación del inicio del tratamiento cuando era necesario la presencia real del analista para armar la sesión.

El lenguaje que trae Nacho, en este tiempo, está constituido por enunciados informativos, ordenados en secuencias: "El lunes 25 es paro nacional / El martes fui a la pizzería./ El miércoles fui a la escuela / El jueves la pasantía".

El analista interviene en esta etapa interrogando, estableciendo diferencias: ¿Querías ir?, ¿Te gustó? ¿Qué preferís: dulce o salado? ¿Te gusta trabajar en la pizzería o con las alfombras? Cuando él trae el lenguaje ordenado en secuencias narrativas, el analista con sus intervenciones intenta unir lo dicho al decir, al preguntarle, realiza una intromisión desde un Otro ya tolerable en transferencia.

Más adelante Nacho comienza a traer sus preocupaciones referidas a los lazos familiares y a las peleas con compañeros del colegio. "Hoy me pelee con papa y mama. / No me gusta un compañero agresivo "Se pelea, dice cosas... Estoy triste en la escuela, no quiere ir más, me asusta, No!no me gusta eso, L". El analista incide en la secuencia narrativa y trata de regular el lazo con el otro. Por ejemplo en las peleas con la madre.

Nombrar los afectos y resonancias en el cuerpo. Recordemos que hacia los 14 años, tuvo lugar la Nominación donde él se nombra "Nacho" que le permite un cierto anudamiento con efectos en lo simbólico, en lo imaginario y en el goce, porque a partir de ese momento él puede armarse una imagen cambiar su semblante y vestir su cuerpo de acuerdo a sus propios gustos. Un cuerpo que se vitaliza.

Es decir, no es sin esta nominación, que él, en la actualidad puede comenzar a ubicar las sensaciones en su cuerpo al manifestar no sentirse bien o tener fiebre y dirigirlas al analista: "Tengo alergia, eso me molesta o todo el día resfriado, baja la presión, siento calor". Nacho va dando lugar a un lenguaje conectado con el afecto y comienza a nominar los estados de ánimo.

El enojo y las peleas están casi siempre en relación a su madre y a las peleas entre los padres que le preocupan mucho. Suele salir de la casa solo y sin aviso a los padres pero Nacho tiene a su favor un conocimiento muy preciso de las líneas de colectivos y trenes de la ciudad, los recorridos de estos medios de transporte, han sido desde hace tiempo, su campo de interés.

De esta manera Nacho trae varias cuestiones del cuerpo: La tristeza, el susto de la agresión del Otro, el enojo de la madre y luego el enojo propio, al decir "Mamá me pegó con un palo. Luego dice "No me gusta pegarme a mí, Nooooo me gusta! Nooooo". Mientras dice esto, comienza a levantar la voz y muestra su enojo al golpear con el puño enojado, en la mesa. Es un decir que tiene efectos en el cuerpo, que se evidencian al ponerse colorado, irritado. "Las pulsiones son el eco en el cuerpo del hecho que hay un decir" (Lacan, 1975).

Las intervenciones analíticas van en el orden de modular esa afectación e incidir en lo que va trayendo sesión tras sesión permitiendo cierta diferenciación y la posibilidad del surgimiento de la enunciación. al decir: "Me pegó mi mamá" y más tarde "No me gusta pegarme". Un dato relevante es que Nacho solía autoagredirse pegando su cabeza contra la pared o pellizcándose frente a las negativas del Otro.

Un sueño

En esta etapa del tratamiento trae un sueño por primera vez, dice: "Soñé con un gato de raza. Era blanco, negro y marrón". El analista le pregunta si tiene nombre y qué hacía el gato en el sueño. Nacho responde: "Acariciando, me gustó" y agrega que tiene dos gatos que se dejan acariciar mucho. Trae, con mayor frecuencia, su placer por acariciar a los gatos y un rasgo interesante: "los gatos se dejan acariciar". Si consideramos el acariciar como lo opuesto a pegar, entonces el contacto corporal ha oscilado del pegar- pegarse a poder acariciar. Podríamos pensar en este sueño, la "caricia" como un afecto y una expresión corporal del amor.

El abrazo

Un día, Nacho trae la novedad que abrazo a una chica. Cuando el analista le pregunta si le gustó, él responde: "De vez en cuando" y manifiesta que

otras veces "da la mano o un beso". Aclara que es una compañera amiga de su hermana y repite que es "de vez en cuando". En otras sesiones comenta que cuando el padre lo abraza "no le gusta mucho". Sabemos de lo insoportable que es el contacto corporal para el autista porque implica un atravesamiento del borde. Ahora él soporta "De vez en cuando" que el otro irrumpa en su borde cuando se deja tocar. Un contacto con el otro, dosificado.

Venir para decir...

En esta última etapa hay una satisfacción en él, al venir para decir, Nacho, ahora puede traer al análisis los afectos como la caricia, el abrazo y comenzar a nominar los afectos, lo cual le permite un anudamiento singular con efectos en el lazo.

Él trae al análisis cómo está afectado por un cuerpo cuando habla de sus afectos y los dirige al analista. Las intervenciones comienzan a girar alrededor de cómo hablarle a la madre, es decir, otro lugar desde donde hablar. El analista le presta palabras para regular el "enojo" en el intento que el sujeto pueda sustituir esas palabras por otras, produciendo un vaciamiento del "enojo", de lo "agresivo", del "pellizcarse", en transferencia que le permite, el pasaje al decir: "Gracias, Ya estoy más controlado L". Los efectos de vaciamiento posibilitan así una sustitución del goce atroz del Otro real, en los pasajes al acto, al lugar de la palabra. Por medio del tratamiento ha encontrado otras defensas y semblantes para tratar lo real, diferentes al pasaje al acto.

De esta manera, Nacho puede construir lazos estables y sostenidos con los otros y con el analista en transferencia, porque hay un borde constituido y enunciaciones que dan lugar a que sea él quien convoca al analista. También aparece el lazo amoroso en la transferencia bajo forma de agradecimiento, al decir "Gracias L, ya está... estoy mejor, más controlado, no decir más gritos, malas palabras".

lauradagostinorudich@hotmail.com

Bibliografía

-Carbonell N.: "El lugar, el lazo y el Otro. Avatares de la transferencia en el autismo", El Psicoanálisis. Lo que no se sabe de la Transferencia, N° 32, Abril

2018, Pag.189-194

-Lacan J. [1976]: Seminario 23, El Sinthome, 2006, Paidós, Argentina

-Maleval J.C.: "Pluralidad de la transferencia en el autista" El Psicoanálisis. Lo que no se sabe de la Transferencia, N° 32, Abril 2018, Pag.211-214

-Miller J.A., "La tentación del psicoanalista", El lugar y el lazo, Paidós, Argentina, 2013.Pag.9-25

-Soler C.: "Rectificar al Otro", Estudios sobre la Psicosis, Manantial, Argentina, Pag.21-31.

Sobre el lugar de la enunciación en el autista y su lugar en la perturbación de la defensa en la clínica del autismo.

Gustavo Slatopolsky

54

El caso busca interrogar la dirección de la cura en el autismo propuesta por JC Maleval. El autor, analizando la cura que lleva adelante Mira Rothenberg con Peter, concluye que la terapeuta comete “el peor de los errores que pueda cometer un terapeuta de autista, a saber, demandarle con insistencia tomar una posición de enunciación” (Maleval, 2011, p. 223)

En el caso de Peter no caben dudas al respecto. Lo que se interroga aquí es el carácter de enunciado general para toda cura. Se interrogará además si frente a determinadas coordenadas transferenciales no es justamente la presencia viva del analista lo que habilita consecuencias de vivificación en el sujeto, aún tratándose del sujeto en el autismo.

B comienza luego de un encierro de meses en su habitación; trae en su mochila los muñecos con los que se desplaza siempre.

Las sesiones pronto se encaminan en un trabajo casi mecánico: B elige un muñeco que oficia de doble que lo soporta y lo dibuja. Luego escribe el nombre del mismo. Solo habla para pedir marcadores y luego la tijera para recortar el dibujo. Lacónico, toda pregunta del analista que resulte intrusiva – casi todas – ni se molestará en responderla porque *no ha lugar*, como si nunca hubiese sido pronunciada.

Los dobles a dibujar irán cambiando pero la función permanece idéntica. Desde hace años se trata de un Power Ranger.

La eficacia en el armado de borde [1] por esta vía se consolida. Así, frente a situaciones que lo afectan es posible que se restituya el borde con el solo hecho de dibujarlo.

Hasta aquí la eficacia se revela en el armado de un borde por vía de un doble [2] en una posición subjetiva reacia a cualquier atisbo de enunciación. Ha salido del encierro en su casa y se lo nota más contento.

II

El padre de B muere en el transcurso del análisis. La madre decide no decírselo ya que hace tiempo que B no lo ve a consecuencia de una internación psiquiátrica (del padre) y, esencialmente, porque B

es autista.

Ahora B está más hosco pero las sesiones siguen su curso idéntico. Desde hace ya un tiempo, al trabajo de dibujar y escribir el nombre se le suma el demandar al analista el significado de cada parte del cuerpo dibujado – como si se tratase de unidades autónomas y sin articulación – y de las palabras que acaba de escribir.

-Gustavo, ¿qué es Jaydn? – (el nombre que acaba de escribirle al power). Las palabras parecen haber perdido la referencia; *qué es* cada parte del cuerpo dibujado (la mínima unidad corporal alcanzada en la imagen se diluye en pedazos que se cercenan de algún lazo al sentido). Finalmente, cuando el analista restituye el lugar donde la imagen y las palabras se enlazan por el solo hecho de responderle *qué es* el nombre, qué son las piernas, los brazos, pasa a solicitar al analista las letras que le permitan escribir en otra hoja una frase de la película de los Powers que ha escuchado, siempre cargada de enunciación inquietante -“¡cómete las plantas!”, por ej.-. Allí puede entenderse, cuando la interrogación pasa ahora por la significación de la frase escrita, que toda la sesión se inscribe en dar cauce a un instante de enunciación que precipita y pone en riesgo el afinado trabajo de la defensa en la identificación al doble [3] que opera el Power. El problema es que en la película el Power habla, goza y eso desestabiliza el armado. Eso se rearma una y otra vez en sesión.

La pregunta *Qué es* a veces cae en el apellido del Power. Me sirvo de ello para bordear que el apellido viene del padre: el del Power, el del analista, el suyo. Cuando le pregunto por el nombre y apellido de su padre suele responder con el de mi propio padre o irrumpe un silencio pesado que solo se atraviesa recomenzando el dibujo.

Tiempo después podrá concluir con dificultad que su padre no está, que se ha ido “a los muertos”.

A partir de aquí el analista hace entrar un muñeco propio, el padre del Power. A la vez siguiente, concluido el dibujo, B lo convoca: “¡Papá de Jaydn!”.

El padre acude en cada sesión y Jaydn le muestra cómo entrena para convertirse en un gran samurái. Frente a la mirada atenta del padre, ya no será solamente cuestión de muñecos sino que ahora es B quien se levanta de su silla y despliega destrezas que obligan al cuerpo de B a estirarse de manera inédita alentado con fervor por el padre [4]. El analista lo

convoca a saltar más alto, levantar más alto la piana y B responde en consonancia. Agitado, la sonrisa al mostrarle sus avances al padre son elocuentes.

Al armado del borde en el dibujo se hace lugar ahora un nuevo elemento: el padre del Power y, más específicamente, su mirada y su voz. Dice: “Mira papá, estoy entrenando. Cuando sea grande seré un samurái!”.

III

La presencia de la ausencia del padre encuentra una pacificación y, como siempre, las sesiones se reiteran inmutables: dibujo, nombre, llamado al padre, el cuerpo que goza enmarcado en el trabajo de llegar a ser un samurái, la escritura de la frase de la película que perfora. Y la demanda al analista del sentido de dicha frase.

El analista parece una figura prescindible. B realiza su circuito en aparente soledad; sólo convoca al analista al momento de escribir y en el llamado al padre (que manipula el analista). Sin embargo, en esa prescindencia - que estuvo siempre - hay algo nuevo: si el analista no presta atención, ahora el dibujo tarda más en completarse; *si mira*, concluye antes.

Las preguntas sobre cada parte del cuerpo del Power insisten. Cuando pregunta por el cinturón, el analista, luego de años de sostener el circuito idéntico, le pregunta qué pasaría si se cae el pantalón; responde que se verían “los calzones”

Y qué hay debajo de los calzones?, fuerza el analista. B se pone colorado, baja la vista y con una sonrisa y una voz marcadamente diferente, afectada, responde “el pito”.

¿El queeeeeé?!, grita el analista, fijando la mirada sobre la suya

¡¡El pitoooooooooo!!, grita desahogado, riendo.

¿Y se puede mostrar el pito?

¡¡Seeeeeeeeeee!!

El inmutable circuito se renueva a partir de aquí: B está a la espera de la pregunta por el cinturón para dar cauce a la emergencia de una enunciación inédita. Un día, frente a la pregunta esperada responde “¡la poronga!”. ¡Ahora son dos los signos que refieren un mismo referente!

La irrupción de “la poronga” hará entrar un “está dura” y “como una piedra”. Hasta aquí llega: a veces es el pito, a veces la poronga, y siempre del Power; “dura como una piedra” es menos una metáfora que metonimia que se relanza a partir de la palabra “dura”.

Nunca llega a referir una excitación que le sea propia ni qué le sigue al estado de “dura”. En ocasiones concluye “el pantalón está duro”, que probablemente sea como simbolice la emergencia del goce cuando irrumpe.

Alcanzado este punto de pasaje por la enunciación, B reorienta el circuito para dar paso a la escritura de la frase que ha oído en la película y que pone en riesgo el endeble armazón simbólico- imaginario.

Lo expuesto hasta aquí induce a matizar la idea de error en la cura el “demandar con insistencia una posición de enunciación”. Desde ya, la insistencia del Otro frente al sujeto autista nunca puede terminar bien; hacer lo que hay que hacer para esperararlo en un lugar de enunciación es distinto. Es ostensible la diferencia de las consecuencias en Peter y en B.

En el caso se hace lugar a la enunciación en el analista pero respetando la solución del armado del doble. Es en y desde la transferencia que se fuerza [5] un resquicio para la enunciación en el sujeto. Decimos “se fuerza” y no “se demanda”. Es toda la diferencia que permite hacer de la solución alcanzada una defensa con agujeros por la que pueden colarse de tanto en tanto el sexo y la muerte, aún en la modalidad autista. Nombrar la muerte del padre, alcanzar dos signos para dar cuenta del falo hace a toda la diferencia en la cura.

Notas

[1] Laurent, É., *La batalla del autismo*, Editorial Grama, Buenos Aires, Cap IV y V.

Maleval, JC, *El autista y su voz*, Cap.III

[2] Maleval, JC, *El autista y su voz*, ibid Cap.III.

[3] Maleval, JC, *Ibid.* Cap III.

[4] Todo esto sostenido en el muñeco del power que ahora aprieta en su mano.

[5] Dulce forzamiento, según la propuesta de Di Ciaccia.

Bibliografía

- Laurent, É. [2013] “La batalla del autismo”, 2013, Grama, Buenos Aires.

-Maleval, J.C. [2011] “El autista y su voz”, 2011, Editorial Gredos, Madrid.

El psicoanálisis cura en transferencia. Esto es una de las cuestiones, éticas, que distingue lo que hacemos. Las intervenciones, las lecturas de los casos, los diagnósticos presuntivos que nos orientan, no son sin tener en cuenta lo que sucede en la transferencia. ¿Pero transferencia en el autismo? Sí, también en el autismo hay un lazo -llamémoslo así- amoroso- también digamos eso- que se va construyendo entre paciente y analista. Y son las maniobras que se hacen con este lazo las que permiten avanzar o no en la cura con estos niños... al igual que en todas.

La pérdida del objeto es condición para que un sujeto advenga como tal. Y es esa pérdida la condición de todo lazo amoroso. El partenaire en el amor viene al lugar de sustituto de ese objeto, y el amor en sí al lugar de aquello que hace posible una relación. Lacan señala que el analista debe operar desde ese lugar en la transferencia, volviéndose a veces motor, a veces obstáculo, para la cura [2]. Si en el autista esta pérdida no se produce por estructura, ¿cómo pensar el lugar para el analista en una cura? ¿qué operación inaugural debe hacer el analista para poder establecer ese lazo con el niño?

El mundo de las cosas de Minecraft: alojando al sujeto.

F tiene 10 años. A sus 3 años comienza a decir palabras sueltas al mismo tiempo que señala los objetos. Recién en primer grado comienza a hablar con frases. Sus maestras dicen que habla raro y que es muy literal. “Siempre me quedo con la sensación de que no entiendo, o de que soy yo la que no lo entiendo”, dicen. Le va bastante bien en matemáticas, pero las demás materias le cuestan muchísimo, sobre todo Prácticas del lenguaje. No comprende los chistes y es muy difícil seguir el hilo de la conversación. Por esto, también le cuesta mucho relacionarse con los chicos de su grado.

En la segunda entrevista le pregunto a F por lo que le gusta jugar en su casa. Me dice que a Minecraft, así que le pido que la próxima traiga la computadora para que me enseñe a jugar, ya que no conozco el juego. La vez siguiente, con el juego en marcha comienza a preguntar: “¿Qué es esto?” “No sé”, le digo. “Pico de hierro”, contesta sin darme tiempo a pensar una respuesta “¿Para qué es pico de

diamantes? Pico de madera no sirve, se rompe. Hacha de hierro corta madera. Hacha de diamantes se hace más rápido. ¿Te parece que la espada de hierro es dura o más o menos?”. “No sé”, le vuelvo a contestar, y al instante ya estaba formulando una nueva pregunta. La vez siguiente entra diciéndome: “Me tenés que mostrar cómo te aprendo”. Y vuelve con sus preguntas sobre el juego, preguntas que no son tales, porque él sabe las respuestas y no se detiene a esperar que yo conteste algo. Sólo algunas preguntas se recortan como distintas: ¿Qué es infinito? ¿Qué es nada? Para esas no tiene respuesta, pero tampoco espera a que se le conteste algo para volver con sus preguntas sobre el juego.

Durante meses se da este despliegue metonímico incesante, iterativo, de encuentros que vuelven a empezar de cero cada vez, que son idénticos entre sí, y que no dejaban ninguna marca, ningún saldo al finalizar. Un día le digo que me está costando acordarme de lo que me enseña, y que por eso voy a empezar a anotar todo lo que él me diga. Eso hago, pidiéndole que me vuelva a explicar cuando no entiendo, pidiéndole que hable más lento y me dé tiempo de escribir, o haciéndole preguntas de cosas que se me van ocurriendo. Al cabo de un rato, y para mi sorpresa, se acerca, apoya su cabeza en mi hombro, y hace una pausa en el juego para mirar mi cuaderno.

La sesión siguiente F viene claramente ofuscado e inquieto. No se sienta con la computadora en el escritorio, como era habitual, sino que deambula... y me pide: Me dice con evidente afectación: “Me aburro. No quiero más supervivencia. Quiero creativo. Yo soy construcción. Quiero otro mundo porque este ya lo sé. ¿Te gusta que estás en creativo? En este mundo no hay amigos.” Me lleva un tiempo y muchas preguntas comprender que está pidiendo descargar otra versión del juego en la que puede crear él mismo los escenarios donde jugar, así como chatear con amigos del colegio y otras personas on line. Le había pedido a su padre y a su hermana mayor, pero estos, parecía, no podían ayudarlo. Le escribo entonces una nota a su maestra para que el docente de informática lo ayude a concretar este pedido. Recién ahí F se sienta y puede volver a jugar.

De un otro cualquiera a un otro que importa. ¿El encuentro de dos deseos?[3]

Lo que se escribe en la transferencia.

Victoria de la Fuente

... “detrás del amor llamado de transferencia está (...) el deseo del paciente, pero en su encuentro con el deseo del analista.”
Lacan, J.

Maleval señala que gracias a los testimonios de los autistas de alto rendimiento sabemos que fue esencial para ellos una decisión subjetiva que los animara a integrar su funcionamiento a lo social: “En último análisis, sólo por medio de una elección decisiva, la de abandonar las satisfacciones de su mundo securizado, ciertos autistas consiguen un funcionamiento de alto nivel. Esta elección puede ser favorecida, como puede ser impedida.” (Maleval, 2011, p 27) ¿Cómo pensar eso que sucede entre analista y un niño autista, que favorece la cesión que el niño debe poder realizar para incluirse en lo social?

Vayamos a la viñeta: F se interesa por el código del mundo de Minecraft. En ese mundo él sabe cómo funcionan las cosas y los personajes, y nada del deseo del Otro se inmiscuye por ahí. Es su interés específico, su defensa frente al caos del mundo del significante. Hay una primera intervención del analista que es darle valor al interés del niño. Ella no sabe sobre el juego, pero quiere saber y pide que el niño le enseñe. Este no saber, que no es tanto sobre el mundo de Minecraft en sí, como por lo que F hace con él- permite que F y su mundo particular queden alojados. Un primer vacío del lado del Otro que abre un lugar para la singularidad del sujeto. Puesta en juego del deseo del analista, entendido este más en su versión ligada a la falta en ser que a la de un signo inquietante[4]. Un deseo que no es anónimo, y que es “un punto absoluto sin saber alguno” (LACAN, 1964, pág. 261), al mismo tiempo que es una apuesta a que en ese hacer del niño hay un sujeto. Los efectos de esta posición inicial del analista se verifican rápidamente. F se siente a gusto y tranquilo relatando sobre este mundo constante, previsible y fácil de controlar. Mundo, borde, defensa, de la que ahora también forma parte el analista. Primera escritura de un lazo posible.

En determinado momento hay algo, del orden de la incomodidad del analista - ¿angustia por un goce sin-sentido insoportable? ¿aburrimiento? – que la empuja a una maniobra: que algo se escriba. Que algo quede anotado – al menos para ella- de esos encuentros. Y entonces pregunta con más precisión. ¿Demanda? ¿Exige a F un poco más? ¿O sustrae la mirada para localizarla en el papel y un escrito? ¿O intenta producir intervalos? ¿O hace algo no cal-

culado con su propia angustia? No es fácil leer esa maniobra, pero sí se pueden leer sus efectos. La respuesta, inesperada, es casi una caricia que sanciona una pausa. El gesto de apoyar la cabeza en el hombro puede leerse como un gesto de amor, entendido este como el signo de una renuncia de goce, en este caso el goce iterativo de las preguntas con respuestas ya sabidas [5]. Esta renuncia sería en beneficio de otro goce, aquel que lo une sinthomáticamente al partenaire, en este caso, al analista, alimentando así la transferencia. Segundo punto en el trazado del lazo.

Esa renuncia, aunque momentánea, viene con cola, ya que la sesión siguiente F trae un pedido. Este es un modo inédito de dirigirse al analista, muy distinto a las preguntas que no buscaban nada en el otro. Aquí era un pedido casi desesperado, que afectaba e inquietaba su cuerpo y que sí buscaba algo en especial del otro. Un pedido- no me animo a decir deseo- de que algo cambie en su mundo. Éste ya no le es suficiente. Se tratará de ver con qué otras maniobras se puede seguir favoreciendo esta decisiva elección.

Para concluir, diría entonces que la transferencia en el autismo tiene como condición al deseo del analista. Que éste, en su encuentro con la decisión subjetiva del autista, va produciendo vaciamientos, depurando la defensa para volverla cada vez más permeable. Y que en esa dialéctica se va tejiendo un lazo amoroso- la transferencia también es un nudo [6], según Lacan- sinthomático, que dignifica al sujeto y a su modo de estar en el mundo. Traigo aquí una pregunta que me fue prestada: ¿es el vaciamiento el que trae al amor, o es el amor el que permite el vaciamiento? Opto por pensar en una simultaneidad, aquella que supone el encuentro. Las marcas de ese tejido quedan escritas en los cuerpos de los autistas con los que trabajamos... y en nuestros cuadernos.

victoriadlf@yahoo.com.ar

Notas

- [1] Una versión muy distinta fue presentada en las Jornadas 2018 de *la cigarra*.
 [2] Lacan, J; *El seminario 17: “El reverso del psicoanálisis”*, Paidós, Bs. As., 1992, p. 112.
 [3] Lacan, J; *El seminario 11: “Los cuatro concep-*

tos fundamentales del psicoanálisis”, Paidós, Bs. As., 1984, p 262.

[4] Lacan, J; *El seminario 8: “La transferencia”*, Paidós, Bs As, 2004, p. 266-267.

[5] Arenas, G., “Gestos de amor”, *LAPSO N°4*, julio 2019, p. 54. Debo agradecer la lectura de este interesante artículo a Ricardo Seijas, que muy amablemente me orientó con algunas preguntas.

[6] Lacan, J; *El seminario 11, óp. cit*, p. 137.

Bibliografía

- Arenas, G., “Gestos de amor”, *LAPSO N°4*, julio 2019.
 -Lacan, J; *El seminario 8: “La transferencia”*, Paidós, Bs As, 2004.
 -Lacan, J; *El seminario 11: “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”*, Paidós, Bs. As., 1984.
 -Lacan, J; *El seminario 17: “El reverso del psicoanálisis”*, Paidós, Bs. As., 1992

Este escrito trata sobre el recorrido desplegado durante el tratamiento de una niña en *la cigarrera* y busca transmitir ciertos efectos acontecidos, así como esbozar algunas reflexiones en torno a la transferencia y el autismo.

Diana llegó a los 4 años a la consulta derivada de un hospital de niños por presentar rasgos autistas. Me encontré con una niña que se presentaba desconectada, que no miraba. Al hablarle no respondía y se tapaba los oídos. Emitía gritos y vocalizaciones que eran fragmentos de dibujos animados o películas. Venía a las sesiones sin dormir y deambulaba sin rumbo por el consultorio. Volcaba de la caja todos los juguetes a la vez, los desparramaba y los lanzaba sin mirarlos.

Introduje el corte tomando algunos de los juguetes arrojados como los elegidos para jugar, ensayando una discontinuidad en esa manipulación indiferenciada. Levantando esos juguetes uno a uno, fui habilitando una pausa, una temporalidad posible dentro del caos. Comencé a esconderlos y luego a presentárselos, intentando introducir un intervalo para recortar algo de esos lanzamientos erráticos y armar una escena. Con el correr de las sesiones, el desborde se acota y Diana logra tomar los juguetes de a uno, por breves períodos de tiempo que se extienden. Se conecta con algunos juguetes en particular y tolera mi intromisión cuando coloco piezas en rompecabezas o preparo helados con la masa para las dos. Un día encuentra un bebote y lo tira con fuerza gritando: “no!”. Aquí comienza otro tramo del tratamiento, en el que entran las palabras.

Gradualmente acepta la presencia del bebote a upa mío pero lo rechaza cuando emito los llantos del bebé y la invito a hacerle upa o a dormirlo. Luego lo hace violentamente al grito de “¡basta bebé! cállate! a dormir!”. Al final de cada sesión comenzaba a gritar, arrojaba el bebote contra el techo y reía a los gritos. La emergencia del goce del Otro sobre el bebé ubicado en posición de objeto se vuelve estragante. Empiezo a poner límite al goce mortífero: “de ninguna manera el bebé va a ser lastimado hoy”. La presencia del analista operando con el semblante para circunscribir lo real desregulado pone en funcionamiento una localización del goce que permite el surgimiento de la dimensión lúdica. Jugamos así a curar al bebé, haciendo tope a

ese desborde de real absoluto con su consecuente efecto de pacificación. Durante meses dormimos al bebé, luego juega a que la haga dormir a ella, debajo de la mesa con el bebote en brazos se tapa con mi abrigo, yo apago la luz y le cuento historias, empieza a mirarme y a pedirme que le lea adoptando una posición expectante. Son las primeras miradas y palabras dirigidas desde ella hacia mí, marcas fundantes que dan cuenta de cómo la instalación de la transferencia posibilita el acto analítico y el acceso a un lugar donde es posible pedir algo, inaugurando el lazo con el Otro. El juego de dormir derivó en un juego de escondites y encuentros. Así se fue instaurando una zona de intercambio con otro Otro, en la que se empezaban a diagramar circuitos que incluían acciones y objetos, entre los que yo entraba en serie, como partenaire. Mientras le leía, se escondía bajo la tela, yo dejaba de leer y preguntaba *¿dónde está Diana?*, y ella se descubría, gritando con júbilo. Intercambiábamos lugares, yo me escondía y ella me buscaba. Al salir del consultorio la madre nunca estaba allí, si bien le marcaba la necesidad de que se quedara, era difícil encontrarla.

Durante el tratamiento convoqué al padre muchas veces, infructuosamente. Sobre él, la madre dirá más de una vez *“es como una hija más”*. Le pregunto un día a la madre por los tratamientos de la niña. Trabajan con intervenciones terapéuticas el vínculo materno-filial, dándole pautas de crianza que según ella la frustran porque no puede cumplirlas: *“me enseñan a jugar, me dicen cómo hacer de mamá, pero no es fácil con los nenes de hoy, no son como los de antes”* Un día me dice que no quiere llevarla más, le digo que ella es la madre y es su decisión -en un intento de autorizarla como agente y apostar a la constitución de su deseo- y la retira de los tratamientos. En otra ocasión expresa con angustia que no soporta más que vaya a ese jardín, no hace nada y cada vez que llegan a la puerta pateo, grita y se niega a entrar. En la misma línea de sancionar algo en esta madre como deseo, habilito su postura de cambiarla de escuela, lo hace y la niña comienza a participar en las actividades, deja de dormir de día y duerme algunas horas a la noche.

Luego de un año de tratamiento, en una sesión toma una lupa de la caja de juguetes, digo *“una lupa de detective”*. Camina agachada mirando a

Una niña y una lupa o la captura de una madre

Celeste Villaronga

62

través y dice “*soy Diana la exploradora*”, recorre el consultorio y enfoca cosas. Digo “*encontraste una pelota, un bloque, un marcador...*” luego le pregunto qué encontró y ella nombra los objetos, la lupa comienza a operar como un instrumento que recorta el mundo. Sale del consultorio con la lupa diciendo que va a buscar a la mamá y la sigo, pero la madre no está por ningún lado. Me pregunta angustiada dónde está, le respondo que se fue y que va a volver. A partir de allí al juego de escondite se incorpora la lupa, arrojándola ella al aire cuando me encuentra y riendo, mirándome de cerca, como si ese objeto fuese prescindible una vez sucedido el encuentro. Se ponen en juego operaciones de extracción que se conectan con el cuerpo, invenciones del sujeto que encuentran un lugar en la transferencia: algo de la mirada se va perdiendo y el contacto visual empieza a ser posible.

Al llegar un día a la sesión la madre sorprendida y algo molesta dice que al despertar encontró la cámara de fotos en su cuarto y al revisarla notó que Diana la fotografió mientras dormía, de cerca y desde distintos ángulos: “*no sabés cómo me escrachó*”, se queja. Diana sorprende a la madre, la interpela, captando una imagen de ella que testimonia sobre la ausencia materna y al mismo tiempo en ese intento de registro busca hacer existir una madre ahí. La captura de esas imágenes atestiguan y caricaturizan lo real de la madre ausente, desesperadamente inerte; pero a la vez en su búsqueda incansable por reconocer una madre disponible, Diana pretende certificar su presencia, darle vida, autenticar la existencia de su ser.

La lupa y la cámara, como objetos de goce particularizados fuera del cuerpo, operan como suplementos para localizar la mirada, diferirla y que algo de la misma quede perdido. Invención que efectúa un recorte del Otro materno que para Diana no es posible realizar solo con sus ojos, a riesgo del desengaño. En sesiones, seguíamos jugando a los detectives con la lupa, dentro y fuera del consultorio, siempre buscaba a la madre. Desde adentro, abriendo a cada rato la puerta para cerciorarse que su mamá estaba afuera, luego preguntándome si aún seguía allí. La primera vez respondí que sí, dudando que estuviese, y en un desacierto le pregunté si quería fijarse, afortunadamente respondió que no. A partir de esto, me preguntaba, yo respondía

que sí y ella ya no abría la puerta. Cuando salíamos explorábamos en el camino hasta llegar a la madre, siempre el fin de su búsqueda. Al comienzo buscaba con temor, preguntando insistentemente “*¿dónde está mi mamá?*”. Era una apuesta porque la madre no aparecía fácilmente. En una oportunidad vi por la ventana a los padres afuera y le propuse ir a buscarlos con la lupa, al llegar a ellos me miró y me dijo “*gracias Celeste, me encontraste a mis padres*”. Aquí comenzó a esbozarse una madre que no siempre era ausencia, a particularizarse una alternancia y a configurarse algo del ejercicio materno y del deseo. Estas búsquedas habilitaron encuentros entre madre e hija que involucraban el cuerpo, en los que se mostraban más conectadas y contentas. La madre comenzaba a jugar, a dejarse encontrar, a decir “*¡acá estoy!*” mientras la niña la buscaba y la encontraba a partir de la escucha de su voz, que ya no le era indiferente. Respecto a esos encuentros me arriesgo a considerarlos actos de reconocimiento recíproco que cavaron un espacio en la madre para que la niña se espejara. Al ceder en la madre el rechazo de la mirada hacia la niña, comenzó a esbozarse un soporte para que Diana se imaginara, a articularse una red imaginaria que fue enhebrando la dispersión corporal, invistiendo y armando cuerpo donde lo imaginario estaba arrasado por lo real. La posición del analista en la transferencia oficiando de borde, habilita para el sujeto nuevos modos de situarse. En los circuitos que recorren paciente, madre y analista, se producen el trazado de vías pulsionales, inscripciones de procedimientos de pérdida de goce y extracción del objeto, y marcas de escritura del don del Otro.

El deseo materno aparece estructurado por un discurso que lo trasciende. En el camino transitado con Diana y su madre, frente al no lugar del discurso paterno, el discurso del psicoanálisis sancionando algo del deseo materno ¿reparó algo de esa falla? El juego de la lupa y la cámara operando sobre esa realidad intratable ¿habilitó la elaboración de lo tanático?, ¿precipitó algo del instante de la mirada? En esta travesía de madre e hija, sostenida por el deseo y el cálculo desde la posición de la analista en la transferencia ¿quién captura a quién?

celestevillaronga@hotmail.com

Notas

[1] Versión corregida del texto presentado en las Jornadas de Hospitales de día, CSMN°1 2016 y en la Jornada “Asuntos de familia y sus enredos en la práctica hospitalaria”, actividad preparatoria del VIII ENAPOL, CESAC 39 Hospital Penna, 2017.